

# Amor y ética en acción

mi voz

Por Michelle Charpantier  
(charpantiermichel@gmail.com)



**A** lo largo de mis 15 años en el ámbito educativo, como maestra, psicopedagoga, docente en un instituto universitario y, actualmente, como coordinadora pedagógica, he podido comprender que la educación es mucho más que enseñar; es un compromiso profundo con el desarrollo integral de cada niño y niña. Esta experiencia me ha permitido vivir de cerca la importancia de fomentar una ética educativa que guía cada decisión, acción y palabra en el aula y en la gestión pedagógica.

La pasión por la educación ha sido el motor que me impulsa a buscar siempre nuevas maneras de inspirar y acompañar. Esa misma pasión se traduce en un compromiso de mejora continua, reconociendo que cada desafío es una oportunidad para aprender y evolucionar.

La sinceridad ha sido clave, pues solo a través del diálogo honesto se pueden construir vínculos sólidos basados en la confianza. La lealtad a los valores de la educación me ha llevado a defender siempre el bienestar y los derechos de los niños, procurando que

cada decisión tenga como centro su desarrollo emocional, social y cognitivo.

Ser maestra ha fortalecido mi sentido de entrega y guía amorosa. He logrado implementar herramientas transformadoras propias que han inspirado un cambio real en las prácticas educativas, basadas en mi esencia. He aprendido que estar presente, escuchar, orientar y sostener a los niños me recuerda que cada pequeño gesto de amor y dedicación deja una marca imborrable en su vida.

Un recurso fundamental ha sido la implementación de la educación emocional, que permite a los niños identificar, validar y gestionar sus emociones, lo cual promueve un entorno seguro y armonioso, basado en la conexión, el respeto y la empatía.

*He aprendido que estar presente, escuchar, orientar y sostener a los niños me recuerda que cada pequeño gesto de amor y dedicación deja una marca imborrable en su vida.*

El uso de un lenguaje asertivo y el establecimiento de límites claros con amor han fortalecido los vínculos, lo que ha creado espacios seguros, donde cada niño se siente escuchado y valorado, así como cada familia.

El respeto es un valor transversal que guía cada interacción, reconociendo la individualidad de cada persona y fomentando la convivencia armónica. La conciencia y la reflexión constante sobre mi práctica me han permitido reconocer que la experiencia es valiosa cuando se combina con un aprendizaje continuo para crecer, replantear estrategias y seguir construyendo una comunidad educativa que abrace la diversidad y fomente el progreso.

Hoy me siento llamada a seguir promoviendo una educación ética, humana y transformadora, en la que cada niño tenga la oportunidad de descubrir su potencial, cada maestro se sienta acompañado en su vocación y cada familia tenga seguridad, confianza y apoyo.

La educación es un acto de amor.